

## Colombia del Caribe

## Vida y muerte de un idealista

Por A. BARRAMEDA MORAN

BOGOTÁ — Al finalizar el segundo decenio de la revolución bolchevique que le rompió las primeras vértebras al "dragón colosal" del imperialismo capitalista que parecía dispuesto a echársele encima a una basta nación atrasada como era para entonces la Rusia en la que imperaba el feudal despotismo de los zares, la ideología marxista comenzó a extenderse por todos los pueblos del mundo, ya en Occidente, ya en Oriente, que a través de los siglos han padecido la opresión y la consecuencial explotación de regímenes que fundamentan su dominio en el acaparamiento de la propiedad privada y el monopolio de los medios de producción.

Después de la explicable influencia que ejerció la revuelta burguesa que principió con la toma de La Bastilla y propaló las teorías de los filósofos enciclopédicos y alzó como una nueva tabla de la ley universal los Derechos del Hombre, ninguna insurgencia revolucionaria ha tenido tanta ni tan dilatada repercusión en los hemisferios como la revolución de octubre de 1917, cuando Lenin, secundado por un puñado de intrépidos bolcheviques, asumió el liderazgo político para la construcción de la sociedad comunista en la sexta parte habitable del globo terráqueo.

En nuestros pueblos hispanoamericanos, primero conmovió a las clases intelectuales progresistas y luego entusiasmó a la gleba de las ciudades y los campos sin pan ni tierras. En la Colombia Andina, como a mí se me ocurre denominar el resto de territorio nacional que no forma parte de lo que también me empeño en designar la Colombia del Caribe, el "contagio" bolcheviquista comenzó a manifestarse con Luis Tejada, Mario Cano, Torres Giraldo, Uribe Márquez y otros intelectuales de izquierda a los que luego sucedieron poetas de aficiones vanguardistas, como Luis Vidales y León de Greiff, en Bogotá, y Miguel Camacho Carbonell en Barranquilla.

Las nuevas ideas filosóficas que surgían de la interpretación materialista de la historia, o sea la que más adelante se comenzó a llamar marxismo dialéctico, tuvo entusiástica acogida en las directivas de unos sindicatos rudimentarios y sociedades de mutuo auxilio que en la ciudad de Ciénaga, bien llamada en aquel tiempo (entre 1906 y 1940) la "Capital Bananera de Colombia", había logrado conformar ese apóstol de las reivindicaciones campesinas que fue José Russo.

En la Costa Atlántica, la mayoría de los estudiantes de bachillerato y casi la totalidad de los intelectuales que periódicos empezaron a interesarse en conocer a profundidad los programas sociales, políticos o económicos del tremendo ensayo de rotundo



Miguel Camacho Carbonell

cambio social que se adelantaba en lo que ya había pasado a ser la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, románticamente apodada "Patria del Proletariado". Del proletariado internacional, para que se entienda mejor eso del internacionalismo socialista".

Hacia el año 1930, o poco más acá, pues no recuerdo con exactitud la fecha, Michel Camacho Carbonell había concluido sus estudios de secundaria en el colegio San José, regentado por padres de la comunidad confesional de los Jesuitas. Salía de aquel plantel, repleto (el cerebro) de todas esas enseñanzas del catolicismo de la iglesia que fundara, según la leyenda, Pedro el Apóstol, y el imperialismo romano, al oficializarla, aprovechara para extender sus dominios por toda Europa, el Cercano Oriente y el Norte de Africa.

Entre los primeros simpatizantes juveniles de las novedosas teorías socialistas se contaba Miguel, poeta de nacimiento e idealista político con un talento agudo y una imaginación descomunal. Miguel tomaba, en el grupo de contemporáneos que profesábamos ideas afines, la iniciativa de los más descabellados programas para el desarrollo de empresas lucrativas. En eso de imaginar sistemas de comercialización capaces de proporcionar repentino y cuantioso enriquecimiento, dentro de las normas de la alta burguesía, cuyo reinado Miguel veía al borde de su extinción bajo la aplastante acometida del proletariado a cuya vanguardia debía estar el Partido Comunista para darle sepultura al sistema capitalista, nadie aventajaba a Camacho Carbonell. Su mente la mayoría de las veces lo llevaba a campos de delirio, revo-

Fue una noche, en la tertulia de vagos, buscopes, literatos inéditos, toreritos fuera de temporada y perio-

distas trasnochadores que redactan los periódicos matinales, cuando Rafael Amaris Maya, otro miembro de nuestro "bonche" y quien también de vez en cuando inhalaba miligramos de polvo de heroína, en busca de estados "inefables" pero nunca llegó a envenenarse en el consumo sigiloso o clandestino de estupefacientes, me presentó a Miguel Camacho Carbonell. Era entonces un jovencuelo delgaducho, algo desgarbado y con aspecto de precaria salud. Las tenidas del café Roma se prolongaban, generalmente, hasta las primeras horas del alba.

De ahí salíamos ebrios de una copiosa ingestión de cafeína, pero muy robustecida nuestra fé en los mejores destinos de la sociedad sin clases, y en las gloriosas perspectivas de la literatura vanguardista. Sobre todo la de la poesía de "cartel". Aunque revolucionario por temperamento, Miguel, debido a su formación intelectual en un plantel de religiosos, cuando discutíamos sobre la existencia o la inexistencia de Dios, saltaba como un tigre en defensa de sus creencias religiosas. A nuestros disolventes ataques deicidas, Camacho oponía argumentaciones evidentemente extraídas de la ortodoxia. Pero acababa por darnos la razón a los ateístas.

Miguel escribió versos dentro de los preceptos del vanguardismo que se bifurcaba en "estridentismo", "futurismo", "cubismo", "Surrealismo", o el admirable "eracionismo" ideado por Vicente Huidobro.

Pero no escribía extravagancias idiotas. Sus poemas eran sencillos, de una rigurosa sobriedad de lenguaje. Eran, principalmente, poemas cerebrales. Pero Miguel no perduró en sus aficiones literarias ni volvió a "perpetrar" versos. Se vino a Bogotá y se dedicó al estudio de Ciencias Jurídicas y Sociales. Se doctoró en abogacía y se especializó en "laboral". De regreso a Barranquilla, Miguel no hizo otra cosa que servir con desinterés de romántico socialista los intereses de los gremios sindicalizados. Se le enfrentó, a cambio de ninguna retribución económica, a las fuerzas patronales. Pero los sindicatos jamás le compensaron aquella dedicación de Miguel, el abogado de orientación marxista.

Ni siquiera lo postularon para ocupar un escaño o curul en el Concejo Municipal de la ciudad donde había nacido el incorregible idealista en quien sus coterráneos, los del montón, solo veían un iluso de mente trastocada. Como lo hubiera llamado Miguel Angel Osorio Benitez, Camacho Carbonell era una llama al viento. Y el viento, el soplo gélido de la incompreensión, apagó esa llama humana de idealismo.

El día si me viene de 1931 dejó de existir Miguel Camacho Carbonell, en medio de una soledad descorazonadora.